

Toni Montesinos
Melancolía y suicidios literarios
De Aristóteles a Alejandra Pizarnik

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

© Toni Montesinos, 2014

© Fórcola Ediciones, 2014

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-9650-2014

ISBN: 978-84-15174-95-0

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Nota preliminar
Introducción a la «nebulosa» del suicidio
Lo natural de matarse y melancolizarse
Una religión antimelancólica con pecadores suicidas
El renacimiento suicida y el apogeo melancólico
Las luces del oscuro suicidio melancólico
El desamor melancólico y el suicidio tragicómico
La bohemia morbosa y la decadencia realista
Siglo xx: el éxtasis del suicidio depresivo
Locura y ebriedad en el arte de matarse
Bibliografía
Notas
Índice onomástico

A Santiago Escudero
y Benigno Varela,
modelos de paternal generosidad.

«Tenemos, desde hace milenios, un modelo del que somos réplica, un esquema de conducta que, entre otras cosas, nunca ha desechado, sino todo lo contrario, la posibilidad de interrumpir “el orden”, de poner fin a la vida para preservarse del malestar y de aquello que los latinos denominaron *taedium vitae*, una zozobra sentida desde las melladuras del primer conocimiento.»

RAMÓN ANDRÉS, *Historia del suicidio en Occidente*

«La melancolía es la dicha de estar triste.»

VICTOR HUGO, *Los trabajadores del mar*

«Hay en la historia de la palabra “melancolía” una línea de desarrollo en la que ha pasado a ser sinónimo de “tristeza sin causa”. Ha venido a significar un estado mental temporal, un sentimiento de depresión independiente de cualesquiera circunstancias patológicas o fisiológicas.»

R. KLIBANSKY, E. PANOFSKY Y F. SAXL, *Saturno y la melancolía*

Si, como dijo en un libro de entrevistas aquel pensador que basó su obra en lo melancólico y suicida, E. M. Cioran, «escribir sobre el suicidio es vencer el suicidio», he aquí, a lo largo de estas páginas, una forma de ver materializado o no tal aserto. Pues la investigación que ahora se abre busca encontrar las puertas que comunican la reflexión y creación literaria, filosófica y artística sobre el hecho de darse muerte con las decisiones finales de los autores que llevaron su idea a término, y la manera en que, en sus propias vidas, eso se convirtió en negro sobre blanco, por un lado, y, por el otro, en una experiencia real. Todo desde la óptica de la melancolía, esa enfermedad del alma, esa dolencia psicológica, ese estado de ánimo, esa mera pose... tales son las calificaciones y tratamientos que ha tenido lo melancólico, concepto de larga historia desde Aristóteles y su celebrado escrito.

Lev Tolstói anotó en su diario, el 13 de julio de 1852: «El suicidio es la expresión y la prueba más evidente de la existencia del alma; y su existencia es la prueba de su inmortalidad». Lo críptico, lo personal de semejantes palabras, en un hombre además que sublimó sus dudas religiosas y preocupaciones sociales gracias a su arte narrativo, nos encaminan hacia un territorio fronterizo entre la mortalidad y el infinito donde la ambigüedad es la norma y la indefinición, la primera de sus reglas: el poeta, el filósofo, el psiquiatra tienen diferentes y muy argumentadas formas de describir la melancolía, así como de acercarse a las razones o sinrazones que dan pie al autohomicidio. Lo que sigue, pues, constituye un pequeño intento de unir esas diferentes perspectivas para darles un sentido histórico, literario y clínico. Se trata de un camino sin objetivo definitivo, pues las conclusiones serán tan numerosas como distintas las perspectivas al considerar los suicidios melancólicos que nos proporcionen los ejemplos –literarios y reales– extraídos de escritores, estudiosos y médicos.

De hecho, se podría escribir una historia de las letras universales en función de cómo éstas han abordado lo suicida-melancólico, tal es la frecuencia de esa relación, que ha dado pie a un inabarcable número de poemas, novelas y cuentos, ensayos, biografías, obras teatrales. Esa *enciclopedia de los muertos*, por decirlo con el título de una obra de Danilo Kiš –un no suicida del que con frecuencia se ha dicho, erróneamente, que se suicidó–, nos contaría de forma hartamente completa la historia del mundo y de la psicología humana: es un campo delicado, intangible y misterioso éste de cómo los humores de las personas devienen inspiración para una pieza literaria, y un asunto extraordinariamente interesante observar el proceso de cómo la idea de suicidarse se hace efectiva. Sentimiento y acción se combinan en lo pacífico y lo violento, y la poesía se nutre de sangre, y la muerte adquiere la fisonomía de un perfil artístico. No en vano, «de todas las aventuras es el suicidio la más literaria, mucho más que el asesinato», como dice J. M. Coetzee en su novela *En medio de ninguna parte*.

Según los estudios estadísticos, el suicida estándar responde a las siguientes características: por un lado, un varón de cincuenta y cinco años de edad, divorciado o separado, socialmente aislado y con un trastorno mental grave; por el otro, ese mismo varón, pero cuerdo, probablemente atormentado por una situación económica insostenible, como se ha visto de forma contundente, por ejemplo, en el Japón de lo que llevamos de siglo XXI, un país en el que hay más de 30.000 muertes voluntarias por año; tantas que en la última década se puso en funcionamiento un consultorio telefónico para prevenir suicidios (la primera

semana se recibieron 3.037 llamadas, la mitad por parte de desempleados de cuarenta años aproximadamente) y una compañía de ferrocarriles instaló espejos en los andenes, además de unas lámparas de iluminación azul con propiedades sedativas, para disuadir a quienes pretendieran tirarse a las vías.

Así las cosas, queremos ver, detrás de ese estereotipo y de sus ramificaciones –las infinitas variantes que se hallarán a lo largo de los siglos–, y de modo específico en el área restringida de los escritores, cuántos de esos casos nacieron por un exceso de bilis negra (el significado literal de *melancolía*), por tristeza, tedio y aburrimiento, por el mal melancólico, en definitiva. En las presentes páginas, la pareja Suicidio y Melancolía llegará a las puertas del siglo XX tras un largo noviazgo de siglos y siglos; su unión completa coincidirá con el inicio de la sociología y la psicología modernas, cuando empiezan muy diferentes maneras de acercarse tanto a *él* como a *ella*. Ambas manifestaciones adquieren una presencia literario-biográfica realmente desorbitada en esa centuria en la que el suicidio ha proliferado de manera apabullante, y la melancolía, avergonzada, se ha ocultado tras ver cómo se le cambiaba su hermoso nombre por otros más simples o técnicos, viendo proyectada encima la sombra de la incompreensión.

* * *

Otras razones de índole más personal, diríamos públicamente secretas, si se me permite la paradoja, hay en el origen de este interés por lo melancólico y suicida –en lo literario y vivencial, en lo artístico y biográfico–, pues las propias armas literarias despejan el inconsciente, revelando lo que no se ha dicho, diciéndolo al fin. La cita inicial de Cioran transmite la idea que subyace en este párrafo con respecto al suicidio: tal vez escribir sobre él representa en última y decisiva instancia no caer en sus redes. A lo que no pudo corresponder, pese a su monumental intento mediante su *Anatomía de la melancolía* (1621), el suicida melancólico por antonomasia, Robert Burton, que apuntó en el prólogo a su famoso tratado: «Escribo sobre la melancolía para estar ocupado en la manera de evitar la melancolía. No hay mayor causa de melancolía que la ociosidad, y “no hay mejor cura que la actividad”, como sostiene Rhazes». De la misma manera que, acaso por acrecentar su imagen interesante y *rara* –se verá cuánto hay de teatralización, de tragedia y banalidad conjugadas en ciertos comportamientos, puesto que el verdadero suicida casi nunca avanza sus intenciones–, Enrique Vila-Matas, al publicar *Suicidios ejemplares*, confesó que tal cosa le había servido para salvarse de darse muerte¹; de esa misma manera, decía, el que esto escribe ha tenido un contacto libresco con tantos muertos suicidas que ha acabado, si no comprendiendo el suicidio en general, dado que, al decir del sociólogo Émile Durkheim, «no hay suicidio, sino suicidios», sí captando mejor, o tal vez sólo intuyendo o suponiendo o imaginando, la esencia de cada uno de ellos, evitando, anulando o posponiendo el propio. Pues en esa potencialidad del autohomicidio, de que la tristeza se melancolice, estamos todos congregados, y cada suicidio es, pudo ser o será el suicidio elegido o descartado, el suicidio que hasta la fecha se limita a convertirse en pacífico tema de análisis cultural, en mero asunto de entretenimiento investigativo, de escritura literaria.

No debe de ser una casualidad el hecho de que Franciaⁱⁱ, uno de los países que más casos ve al año de suicidios, haya aportado al mundo un variopinto caudal de investigaciones que marcan un punto de inflexión en este campo: por un lado, a finales del siglo XIX, Durkheim emprende la redacción del fruto de sus abundantes pesquisas sociológico-suicidas y publica *El suicidio. Estudio de sociología*. Por el otro, cabe remarcar que la suicidiología es una ciencia reconocida por la Academia de Medicina gala desde 1985. En todo ese tiempo, entre un momento y otro, a lo largo de un siglo XX cargado de guerras, éxodos y represiones, del diagnóstico de nuevas enfermedades mentales y los avances –si bien aún limitados– en materia de depresión, la estadística de suicidios se ha disparado hasta alcanzar una cantidad extraordinariamente elevada. También entre los artistas escritores, y en un considerable número por razones que, por decirlo *à la Durkheim*, se basarían en la no pertenencia a la sociedad, en la incomprensión por parte del entorno de un alma sensible y extraña, en la incomodidad de no saber adaptarse, pues, aunque el investigador francés entendía el suicidio como un mal que se gesta de manera íntima, otorgaba una gran importancia a las circunstancias sociales, que serían las que a la postre arrastrarían al individuo hasta el fatal desenlace: es decir, que el hecho de *ser o no ser* admitido en el ambiente del propio grupo, clan, tribu, pueblo o ciudad constituía, bajo su prisma, el factor determinante del suicidio.

Y sin embargo, pese a la gran cantidad de posibles agrupaciones en torno a la estadística suicida y más allá de toda visión clínico-objetivista, el misterio de los motivos –si éstos son sustancialmente diferentes– de los suicidas que, además, son escritores, filósofos o artistas permanece oculto en cada cadáver, según la opinión del psiquiatra Luis Rojas Marcos: «A pesar de los avances en nuestro conocimiento de las motivaciones que guían el comportamiento humano, todavía resulta difícil explicar el suicidio. Una razón bastante obvia es que no podemos examinar directamente lo que pasa en la mente atormentada de los suicidas consumados. Dependemos casi siempre de conjeturas sobre sus vidas pasadas».

Según los estudios suicidiológicos, los escritores son de diez a veinte veces más propensos que otras personas a sufrir enfermedades maniacodepresivas o depresivas, lo que les puede conducir a menudo al suicidio. El asunto se vuelve más perentorio si el escribiente cultiva la poesíaⁱⁱⁱ, género que deja aflorar como ningún otro las complejas impresiones que pueden provocar la tristeza, la soledad o el dolor intensos. Otra especialista en medicina, Isabel Cristina Pires, en su ponencia «Dolencia afectiva y creatividad», donde estudia el elevado número de suicidios entre escritores y pintores lusos –Unamuno dejó dicho: «Portugal es un pueblo de suicidas»–, no hace sino corroborar la sospecha de que las vivencias angustiosas se reflejan en muchas manifestaciones artísticas, y se fija, asimismo, en algo que parece paradójico:

¿Es la creatividad una reconstrucción de la realidad en la que el creador escoge libremente las piezas de su puzle, exigiendo para ello plena integridad del pensamiento, o por el contrario, el pensamiento psicopatológico está empobrecido y perturbado por la dolencia mental, haciendo evidente la asociación entre patología mental y creatividad? ¿Será verdadero el viejo mito de que el artista es un loco? Pero cuando hablamos de dolencia mental, ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿Y de qué manera podrá influir esa patología en la creación artística?^{iv}

A tantas incertidumbres sobre el gesto suicida, y parafraseando a William Shakespeare, se añaden preguntas, preguntas, preguntas. Todas sin respuesta objetiva a no ser que confiemos en la observación médica de que los escritores tienen una mayor dolencia afectivo-depresiva, sobre todo bipolar, así como una tendencia mayor a la melancolía e incluso al alcoholismo. Y es que, en ciertas ocasiones, el instinto de matarse subyace de modo innato: «El suicida nace muerto a la vida, con esa muerte trágica esperándole en alguna parte de su rutina, aguardándole paciente y silenciosa como una loba para llevarse lo que es suyo», escribe Andrés Trapiello en un artículo sobre el suicidio de una joven escultora enamorada de Juan Ramón Jiménez.

Con todo, las excusas para matarse, por muy visibles y precisas que sean, siempre aceptan «una interpretación nebulosa», como apunta el suicida Primo Levi en *Los hundidos y los salvados* (1989) al recordar el suicidio del filósofo Jean Améry, víctima del acoso nazi y defensor de la muerte voluntaria como máxima libertad de expresión humana. «En efecto, la cuestión no es por qué me mataré, sino por qué no matarme», dirá el protagonista de *Los suicidas* (1969), del argentino Antonio di Benedetto, sintetizando a la perfección el derecho privado de sentir el desconcierto de la vida y buscar consuelo en el pensamiento de una defunción prevista, aunque sólo se produzca soñando: «El sueño del propio suicidio es raro, puede simbolizar la necesidad de suprimir una zona de la propia personalidad. Inversamente, el acto de destruir un objeto con el que alguien se haya identificado profundamente, puede ser símbolo de un anhelo latente de suicidio», afirma Juan Eduardo Cirlot, que desde su *Diccionario de símbolos* (1958) arroja algo de luz metafórica: «El suicidio, desde el ángulo tradicional, es el máximo crimen por destruir el “soporte de la evolución” que es la propia vida. Desde la concepción hinduista y, generalizando más, en todo pampsiquismo, es un acto enteramente inútil pues suprime sólo el aspecto exterior, un ente (que no es el ser, sino una manifestación de él)». Con fe o sin ella, establecidos en una u otra religión, sugestionados por las costumbres sociales a favor o en contra del propio homicidio, habremos de creer en la premisa más simple –la cual con el tiempo se ha hecho cada vez más célebre, pese a su simplicidad–, la expuesta al inicio de «Lo absurdo y el suicidio», el primer capítulo de *El mito de Sísifo* (1942), un breve ensayo de Albert Camus que empieza de la siguiente manera: «No hay sino un problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no la pena de ser vivida equivale a responder a la cuestión fundamental de la filosofía».

Camus aborda el problema filosófico y en ello se desmarca notablemente del componente social de Durkheim, centrándose en la relación que hay entre pensamiento individual y suicidio, un gesto este que «se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El mismo hombre lo ignora. Y una noche, dispara o se arroja al vacío». El autor, además de incluir en su trabajo asuntos harto elementales –«Hay muchas causas para un suicidio y, de forma general, no siempre las más aparentes son las más eficaces»; «Raramente nos suicidamos por reflexión (aunque no haya de excluirse la hipótesis)»–, introduce un aspecto capital a la hora de considerar la ejecución suicida, con frecuencia de tintes espasmódicos, esto es, el desencadenante incontrolable de la crisis violenta: «Los periódicos suelen hablar de “íntima congoja” o de “enfermedad incurable”. Estas explicaciones son válidas. Pero habría que saber si ese mismo día un amigo del desesperado le habló en un tono indiferente. Él sería el culpable. Pues eso puede bastar para precipitar todos los rencores y todas las lasitudes todavía en suspensión». Tal cosa es lo que le ocurrió, en el

año 347 a. C., a los 46 años, al filósofo griego Espeusipo, sobrino de Platón –a quien sucedió en la dirección de la Academia–, que se envenenó en Atenas un día en que, montado en una litera y muy enfermo, se cruzó con Diógenes y éste le dirigió un comentario que precipitó su acto suicida.

[...]

ⁱ Se publicaba, en el diario *El Mundo* (17-XII-2002), una entrevista de Alejandro Gándara a Vila-Matas en la que el primero preguntaba: «La literatura ¿es una obsesión o es la cura de las obsesiones?», a lo que el segundo respondía: «Muchos de mis libros los he escrito para quitarme de encima ciertas obsesiones. Escribí, por ejemplo, sobre suicidas para no suicidarme, para quitarme de encima mi obsesión por ese movimiento de la muerte por mano propia. No sabría decirle si, tras terminar el libro sobre suicidas, logré quitarme de encima la obsesión asesina, aunque yo más bien diría que sí, porque el tema ha dejado de interesarme con la intensidad con la que lo hacía entonces».

ⁱⁱ En Francia, la mortalidad por suicidio entre la juventud es superior a la causada por los accidentes de tráfico o el sida. «Entre los factores de riesgo, la mayor parte de los expertos citan el paro, el aislamiento, el alcoholismo o la toxicomanía, el insomnio, la apatía y, por supuesto, las anteriores tentativas, un 30-40% de los que llevan a cabo una tentativa de suicidio reinciden en el año siguiente a la misma. Otro factor de riesgo reconocido por todos los autores es la depresión, que afecta a una mujer de cada 4 y a un varón de cada 6. Más de un 60% de los varones depresivos tienen ideas suicidas, y de los pacientes hospitalizados por depresión se suicidan un 15%. Según diferentes estudios, un 90-97% de los que intentan suicidarse tienen problemas psicológicos (60% depresión, 20% alcoholismo y 10% esquizofrenia). Los varones divorciados que viven solos se suicidan más que los solteros o los viudos, y en general los varones se suicidan 3 veces más que las mujeres aunque estas realizan más tentativas que no llegan a la muerte. [...] Por ello, los suicidólogos franceses [...] insisten en que es urgente mejorar la enseñanza universitaria y postuniversitaria sobre el suicidio y formar a los médicos en su prevención» (Esther Ferrer, «El suicidio en Francia: un problema de sanidad pública», en *JANO. Medicina y Humanidades*, vol. 56, núm. 1.285, pág. 24, 1999).

ⁱⁱⁱ «“Los poetas suicidas están más distanciados de los demás y más preocupados de sí mismos”, afirma la especialista Shannon Wiltsey Stirman, de la Universidad de Pensilvania. Ella y su colega de la Universidad de Texas, James Pennebaker, realizaron un análisis textual informático comparado del lenguaje contenido en 156 obras de nueve poetas que se suicidaron, en relación con 135 textos de nueve autores que no cometieron suicidio. Los poetas tenían nacionalidades estadounidense, británica y rusa. En los poemas escritos a lo largo de su carrera, los escritores suicidas utilizaron mucho más el grupo comparativo la primera persona: “yo”, “mí”, “mío” o “mía”. También emplearon más palabras asociadas con la idea de la muerte y tenían cada vez menos tendencia a recurrir a un vocabulario de comunicación, ilustrado por las palabras y derivado de “hablar”, “compartir” y “escuchar”, destacan los autores. “Esas investigaciones muestran que el análisis textual puede descubrir características de la escritura susceptibles de ser asociadas con el suicidio y, en consecuencia, útiles para predecir el suicidio entre los poetas”, escribe Stirman» («Los poetas pueden revelar tendencias suicidas en sus obras», en *Listín Digital*, Santo Domingo, 27-VII-2001).

^{iv} Al hilo de esto, resulta muy adecuado el siguiente fragmento de la obra de Ramón Andrés citada como epígrafe a este trabajo, *Historia del suicidio en Occidente*: «Los artistas tienen un grado de vulnerabilidad muy alto, un desacuerdo con el mundo difícil de sobrellevar, pero el suicidio no es patrimonio, por decirlo de algún modo, de sensibilidades “elaboradas”. El impulso de muerte, el cansancio y la abulia son comunes a todos. Es el estado natural del hombre. [...] El administrativo, el labrador, el pescador, la tendera tienen mayor índice de suicidios que los artistas».